
**PRÓLOGO al libro "Cosas del ayer de mi
Lucena", de Francisco Espada Gómez.**

*"Nada que sea sustantivo ha sido
regalado al hombre. Todo tiene
que hacérselo él"*

Ortega y Gasset

LA OBJETIVIDAD IMPOSIBLE

Ocasiones se dan, tal vez por fortuna, en las que ser objetivos resulta imposible. Por más que intentemos ver las dimensiones exactas, la imagen real, con sus claroscuros, de quien es objeto de nuestro interés; pese a que procuremos situarnos a suficiente altura para otear su totalidad; aun cuando nos esforcemos por evitar la seducción que sobre nosotros ejerza, todo será en vano. No podemos luchar contra nosotros mismos para desprendernos de los cristales que colorean de forma determinada la visión que recibe nuestra mente, ni fatigarnos en anular sus influencias. Y ello es más difícil todavía cuando se trata de alguien con el que coincidimos en ideas, creencias e inquietudes y al que profesamos un afecto que ninguna circunstancia o acontecer son capaces de mermar. No podemos, entonces, ser buenos jueces, ni asépticos analistas, ni fríos expositores: la imparcialidad es imposible porque nos importa demasiado.

Esta es mi situación en el presente caso. Francisco Espada desea que prologue su libro y este deseo me obliga, sin que sea válida ninguna excusa. Pero desde el principio, por simple honestidad intelectual, tengo que hacer la advertencia de mi subjetividad. Jamás veré en él imperfecciones o defectos que no me parezcan banales y disculpables; más aún, de tropezar casualmente con alguno, habrá de parecerme de tal manera "simpático" que, lejos de calificarlo como tal, se transformará, desde mi óptica, en graciosa originalidad. Así, pues, méritos y deméritos, excelencias y defectos, aciertos y errores, tanto de su vida como de su obra, estarán siempre teñidos -sin que pueda evitarlo- por el influjo de la amistad.

EL HOMBRE

Nada descubro si digo que Francisco Espada posee una acusadísima personalidad y que rasgo destacado de la misma lo constituye un corazón desbordante, cuyos pálpitos se propagan a todo su entorno, transmitiendo un cálido mensaje afectivo; nada invento si afirmo que es un hombre de convicciones fuertes y fe religiosa profunda, causas por las cuales sus pasos se enderezan y sus acciones se dirigen hacia las metas que aquéllas le señalan; que es un ser abierto del que fluyen a borbotones, como de limpio manantial, simpatía, amabilidades y experiencias vividas, enriquecedoras para cuantos nos hallamos próximos.

Pero conviene acercarse un poco más a la persona y vislumbrar las circunstancias que lo conformaron así. No se trata de escribir su biografía, pero sí de hurgar, siquiera sea de forma leve, en su textura humana para descubrir o encontrar algunas de las fibras que constituyen y caracterizan su individualidad, diferenciándola. Yo le he escuchado relatar episodios de su vida, en esos momentos en que solemos remover olvidados rincones de la memoria, un poco para saborear la melancolía del ayer, otro poco para comprobar si ya cicatrizaron suficientemente heridas que nos produjeron dolor en instantes críticos; y en alguna de estas ocasiones, noté cómo se quebraba su ronca voz de "cantor" veterano. Por ésta no dominada emoción de sus palabras, era fácil adivinar la conmoción que un desafortunado accidente significó en su vida, precisamente en la más bella y compleja de sus etapas. Acontecimiento que puso a prueba la entereza de su ánimo para superar las limitaciones físicas sobrevenidas y para vencer, además, las dificultades añadidas que el suceso implicó para su carrera.

Pero la voluntad y la constancia son dos fuerzas capaces de salvar los más dificultosos obstáculos, y éstas no le fallaron nunca a Espada. Renqueando, como su egregio tocayo Quevedo, anduvo, removió y luchó hasta lograr su hermoso y envidiable título.

Si existe una persona a la que, con justicia, pueda aplicarse la cita de Ortega que inicia este prólogo, es a Francisco Espada: todo se lo ha hecho él; nada sustantivo le ha sido dado de forma gratuita.

EL MAESTRO

A riesgo de caer en el tópico, no puedo dejar de expresar la convicción de que, entre todas las actividades del hombre, ninguna es tan noble, trascendente y hermosa como la de enseñar; y enseñar cuando la persona está dúctil y maleable, cuando su inteligencia curiosa e inquieta se halla abierta a todos los horizontes, sensible a todos los vientos de las ideas, receptiva a todas las experiencias.

Espada, con acierto y orgullo, no ha renunciado nunca a su condición de maestro ni ha aceptado llamarse de otro modo, pese a las bobas corrientes de la moda; él es maestro, maestro que transmite saberes y propicia, con amor y delicadeza, la convivencia, la amistad, el fértil afán de conocimiento y cuantas virtudes precisa toda criatura para integrarse y desarrollarse en un mundo cada vez más complicado; maestro, en suma, que forma, endereza, guía y prepara, con ejemplaridad admirable -esta es la mejor manera de enseñar- para afrontar el destino individual que cada cual tiene reservado.

Tal magisterio, ejercido con vocación, tiene al final satisfacciones y recompensas de un valor que no puede ser evaluado en moneda -vara de medir de la mayoría- porque es respuesta a una entrega liberal, desinteresada, espléndida, que sólo en sí misma encontrará compensación bastante. Yo le he visto trabajar con denuedo, sin descanso, en condiciones inverosímiles (le bastaba un desvencijado y antiguo pajar o una vieja vaquería para impartir clases); lo importante era enseñar, sembrar ideas y conocimientos en el campo virgen de la niñez y en el ya roturado y tal vez rendido de los adultos.

EL AMIGO CORDIAL

Entre las muchas capacidades destacables de Espada se encuentra una muy especial: la de saber granjearse amigos. Y no se crean que la tarea está al alcance de todos. La amistad se engendra y nace cuando existe entrega sincera y desinteresada; y se conserva y fortalece gracias a un delicado equilibrio entre confianza, afecto y respeto que no todos saben, quieren o pueden mantener. Él, sin embargo, tiene para ello una "maestría" singular.

Espada es el amigo cordial de todo el mundo; recíprocamente,

casi todo el limitado mundo lucentino es amigo del entrañable "Frasquito": unos porque fue el maestro exigente y comprensivo, severo y complaciente, duro y cariñoso, según las ocasiones requirieran, que guió los primeros pasos de la niñez y les ayudó en las tremendas dudas de la adolescencia; otros porque debido a su carácter extrovertido y jovial, a su voluntariosa predisposición a la ayuda, a su facilidad de comunicación, quedaron prendidos en las redes de una amistad antes ofrecida que pedida, aderezada con su gracejo y sencillez.

LA PAREJA INCREIBLE

Estas breves notas sobre Francisco Espada, sólo intentan subrayar algunas peculiaridades del personaje, sin extenderse, por tanto, a datos biográficos y sin pretender, tampoco, la búsqueda exhaustiva de esos resquicios del alma que todos, con mayor o menor interés, ocultamos a la curiosidad ajena; pero quedarían incompletas, mutiladas, con valor muy disminuido o casi nulo, si olvidan al "alter ego" de Espada.

Por lo repetida se ha convertido en lugar común la frase de que detrás de un gran hombre existe siempre una gran mujer. En el presente caso no es que esté detrás, en la penumbra, velada por las sombras de la intimidad, es que se encuentra con él, junto a él, alrededor de él, de manera tan constante que nos parecen siameses, doctos en uno. A quienes les conocemos, nos resulta un fenómeno extraño y preocupante, algo contra natura, no verlos juntos, en las raras veces que ello ocurre. Son una pareja entrañable y encantadora, que nos recuerda otras celebres, cuyos nombres nos vienen a la memoria eternamente enlazados, como en el presente caso.

Frasquito y Carmen forman una pareja increíble y emocionante. Tan compenetrados están, tan bien se conocen, de tal forma coinciden, que apenas necesitan de la palabra para comunicarse. Carmen Pérez es el "otro yo" de Espada y no son concebible el uno sin el otro. Lo que significa y representa Frasquito sería distinto sin ella y con equidad, de calidad y mérito no comparables.

QUEHACER Y VOCACION

Cuando se pregunta a alguien qué es, la respuesta, siempre, viene dada por lo que hace. Soy médico, abogado, albañil., nos contesta. El quehacer -lo que nos vemos obligados a realizar, forzada o voluntariamente- se identifica así con la persona. Y muchas veces, muchas, ese quehacer, esta tarea, sólo ha sido consecuencia de obligada necesidad. Si verdaderamente la esencia, la sustancia del hombre, fuera la actividad que desarrolla, muy pocos seríamos auténticos, porque pocos tienen la ocasión, la voluntad o la suerte de dedicarse a lo que les agrada o atrae. Incluso pueden darse supuestos vocacionales múltiples, como los de aquellos admirados genios del Renacimiento; pero lo probable es que, en algún pozo oculto del alma, se encuentre una real frustración por todo aquello que soñamos llegar a ser y quedó en simple proyecto, cuyo diseño el tiempo borró, amarilleó y terminó cubriendo con el polvo del desencanto.

Estoy seguro, como se ha reseñado mas arriba, que Francisco Espada sí logró la coincidencia entre vocación y quehacer, consiguiendo así lo que se ha dado en llamar "realización personal": quiso ser maestro y lo fue en plenitud. Y, además, por añadidura, como tiene lo que pudiéramos considerar vocaciones menores o complementarias, también ha saboreado el éxito en ellas: escribe con una difícil sencillez y habla con sugestiva habilidad. Y tales destrezas de Francisco Espada son las que nos interesan y motivan, realmente, estas páginas.

Comunicador nato, la docencia ha sido un ejercicio modelador y perfeccionador de sus facultades naturales, que así adquirieron una soltura y fluidez poco comunes.

Quiero recordar, entre sus diversos pregones, el pronunciado en las fiestas aracelitanas de 1987. Para los amigos este fue singular y memorable. Espada convalecía de una complicada operación de garganta y en tal circunstancia nos preocupaba el esfuerzo a realizar. Por fortuna todo transcurrió con normalidad. La voz del pregonero, se mantuvo a lo largo del acto segura, fuerte y emocionada. Sus cálidas palabras, con el mensaje de sus vivencias y de esa poesía de honda raíz popular, tan característica en Espada, resonaron en las naves de San Mateo con un entusiasmo y un sentimiento difíciles de superar; entre otras razones, porque encontrarse al pie de la Virgen, como espléndido cantor, era -según su propia confesión- casi un

milagro.

Pero si hablando sabe llegar de manera directa al corazón, igual ocurre cuando escribe. Tiene una pluma ágil y rápida, clara y comprensible, para darnos a conocer sus amores, ideas y creencias. Y sus saberes, que no son pocos.

Precisamente el volumen que tienes en tus manos, lector amigo, es fruto feliz de esa sabiduría de Francisco Espada, que ha ido archivando en los registros de la memoria noticias, sucesos, curiosidades, tradiciones, historias, anécdotas y costumbres del lugar llegadas a él, unas veces por transmisión oral de los mayores, con quienes ha gustado practicar ese ejercicio apasionante de la conversación parsimoniosa, pausada, escuchando sin impacencias la narración de hechos y opiniones; otras, indagando en antiguas publicaciones y documentos, con curiosidad de investigador diletante, al que atrae el polvo erudito acumulado durante largos años de olvido en viejos papeles y legajos, y el silencio en la penumbra del archivo, con olor a humedad de paredes antiguas.

El libro está formado por un conjunto heterogéneo de lo que el denomina "cosas", y que van desde la noticia de la instalación del primer alumbrado eléctrico, hasta sujetos tan típicos y tópicos de la tierra -junto a los toreros- como el Pernalet y otros individuos de la misma calaña, que protagonizaron la historia negra de una Andalucía desdichada y miserable, apta y óptima para la observación de ilustrados viajeros del pasado siglo, cuyas erróneas impresiones servirían, mas tarde, para dibujar una falsa imagen de ella, distorsionada y estereotipada, con música de Bizet incluida. A lo largo del texto se dan a conocer variopintos sucesos, extrañas profesiones desaparecidas, costumbres, actividades, juegos, figuras populares y un larguísimo etcétera, imposible de enumerar, que hacen del libro una enciclopedia insólita donde se encuentran "cosas" del pasado lucentino, todavía no muy lejano. Quizá se observa un cierto desorden en la colocación, dentro del texto, de los asuntos o temas: pero esta carencia de sistema rígido en la clasificación temática, no le resta importancia ni disminuye sus cualidades e interés. Más aún, creo que le otorga atractivo y evita la monotonía.

Nos encontramos, pues, ante un libro original que el bien hacer de Frasquito Espada ofrece a los lucentinos, con recuerdos y curiosidades de la tierra; de esta tierra nuestra, tan querida por el autor.

Miguel Molina Rabasco
Septiembre 1995